

Carlos Moreno

LA REVOLUCIÓN DE LA PROXIMIDAD

**DE LA «CIUDAD GLOBAL»
A LA «CIUDAD DE LOS QUINCE MINUTOS»**

Prefacio de Richard Sennett

Epílogo de Saskia Sassen

Traducción de Belén Gala Valencia

Alianza Editorial

Título original: Droit de cité. De la «ville-monde» à la «ville du quart d'heure»

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions de l'Observatoire/Humensis, 2020
© Traducción de Belén Gala Valencia, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-200-4
Depósito Legal: M. 188-2023
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

PREFACIO, por Richard Sennett	9
INTRODUCCIÓN	
Derecho de ciudadanía, derecho de existir	11
1. LA CIUDAD VIVA	
La ciudad de ayer, de hoy y de mañana: un lugar para vivir	19
2. EL DESAFÍO CLIMÁTICO	
La ciudad y la vida urbana en el momento del cambio climático	39
3. COMPLEJIDAD URBANA	
La ciudad múltiple: imperfecta, incompleta y frágil	61
4. EL DERECHO DE VIVIR LA CIUDAD	
Del derecho a la ciudad al derecho de vivir en la ciudad	77
5. METRÓPOLIS SOSTENIBLE	
Nada más sostenible que la ciudad	101
6. LA PROXIMIDAD PUESTA A PRUEBA	
La ciudad de los quince minutos	121
7. LAS GRANDES TRANSFORMACIONES	
Metropolización, globalización y territorios	141

8. HACIA UNA CIUDAD UBICUA	
La tecnología en el siglo XXI, el ciudadano conectado aquí y allá.....	161
CONCLUSIÓN	
Vivir hoy con la COVID-19. ¿Y mañana?	179
EPÍLOGO, por Saskia Sassen.....	187
AGRADECIMIENTOS	191

PREFACIO

Este es un libro innovador y esperanzador para el futuro de la ciudad.

Según Carlos Moreno, el derecho a la ciudad es el de vivir en una ciudad. ¿Qué implica esta declaración aparentemente simple? Sobre todo, nos exige disociar densidad y distancia. La densidad es la virtud de la ciudad; la distancia, su vicio.

A las aglomeraciones urbanas la densidad les garantiza beneficios en términos económicos y de innovación; de un conjunto denso de agentes en concurrencia y colaboración surgen sinergias; el todo resulta mayor que la suma de sus partes. La densidad significa que personas diferentes están juntas físicamente, estimuladas por su presencia mutua. Y la densidad es la condición previa de la democracia; al igual que en la antigua ágora, los habitantes de la ciudad moderna deben con-

centrarse en un mismo lugar para poder dedicarse a la argumentación y el debate.

La distancia es el vicio de la ciudad. Cuanto más extensa y dispersa es una ciudad, más aumentan las desigualdades; los ricos tienen la posibilidad de territorializar su poder, de homogenizarlo y concentrarlo, mientras que los barrios pobres son desatendidos o eliminados sistemáticamente. Como la distancia separa las clases, las razas y las culturas en el espacio, refuerza las identidades fijas. Aislada, la gente vive en el sitio al que «pertenece»; no es libre de escapar a su clasificación.

En la ciudad moderna se ha subordinado la densidad a la distancia. Carlos Moreno propone invertir esa relación. Por ejemplo, sus propuestas para la «ciudad de los quince minutos» van más allá de la accesibilidad para peatones o ciclistas; pretenden invertir radicalmente la configuración del poder en la ciudad del futuro, descentralizando la densidad, haciéndola más justa.

La ciudad moderna se enfrenta a desafíos en múltiples frentes, desafíos demasiado complejos para abordarlos con una única receta de cambio y crecimiento. No obstante, esta obra abarca la amplitud de estos problemas en términos básicos y humanos: la experiencia de estar en una ciudad consiste en vivir en el interior de esas complejidades, más que en procurar escapar de ellas.

Richard Sennett
London School of Economics
Chair of Council on Urban Initiatives, ONU-Hábitat

INTRODUCCIÓN

Derecho de ciudadanía, derecho de existir

Quisiera rendir homenaje a un pensador universal, el centenario Edgar Morin, que ha iluminado mi trayectoria. En septiembre de 2018, en París, mientras me encontraba preparando un seminario sobre el tejido de la ciudad¹, tuve el honor de recoger sus consideraciones sobre la complejidad y la vida urbana, que hasta ahora han permanecido inéditas.

Así pues, con su consentimiento, empiezo con esas palabras, que resumen los problemas que me propongo tratar en este libro:

Lo propio de un conocimiento y un pensamiento complejos es que requieren vincular conocimientos que en la actualidad están

¹ «Fabrication des villes de demain: méthode d'approche d'un territoire dans sa complexité urbaine», Asociación «Rêves de Scènes Urbaines», cátedra ETI-Université Paris I Panthéon-Sorbonne, IAE de París, Maison des Sciences de l'Homme du Nord, 14 de septiembre de 2018.

separados y compartimentados. El problema es saber cómo vincularlos. Hay un primer requisito, que es la contextualización; es preciso comprender la ciudad en su complejidad territorial específica y también en un contexto más amplio, nacional y, hoy en día, planetario, puesto que las ciudades, las grandes ciudades, están interconectadas unas con otras por medios de comunicación inmediatos. Como la tendencia dominante en la actualidad es el reduccionismo en el pensar, la ciudad se reduce únicamente a cuestiones de arquitectura, urbanismo y circulación. Pero no hay que reducir el problema humano a esos factores: se tiene que contemplar en todas sus dimensiones. Y lo propio de la ciudad es considerar el conjunto de aspectos positivos y negativos de la vida urbana; no es una cuestión solamente de interacciones, sino de conjuntos de retroacción. Del mismo modo, puede decirse que cada individuo no está solamente en la sociedad, sino que la sociedad está en él. Y no solo estamos en la ciudad, sino que la ciudad está en nuestro interior. Es preciso enfrentarse a exigencias contrarias y hacerlo, en particular, en las ciudades. Es preciso saber enfrentarse a ellas. No basta con decir que hay que vincular las cosas entre sí. Por supuesto, hace falta un método, y este no se improvisa. He dedicado muchos años de trabajo al método de la complejidad. Estos son algunos de los principios que es necesario integrar en el espíritu para poder considerar los problemas y, en concreto, los problemas urbanos.

Las ciudades, bajo múltiples formas, albergan hoy en día a la mayoría de la población del mundo. Al vincular a los hombres con sus lugares de vida, son los testigos de una epopeya permanente que ofrece mejor que nadie el relato de la humanidad. Conservamos huellas de agrupamientos humanos que desarrollaron cierta planificación y organización desde el quinto milenio a. C.: en Mesopotamia, en las inmediaciones del Nilo, del Jordán, del Ganges y en el valle del Indo, en las orillas

del Balj, del río Amarillo o en el valle de México, en Etruria² y, después, en los lugares fundacionales de una cierta idea de la «ciudad»: Roma y la Grecia antigua.

El nacimiento de las ciudades³ está siempre vinculado a la aparición de la agricultura, en una compleja dualidad del territorio y el correspondiente espacio urbano con su ecosistema. Su origen viene dado por la sedentarización con las civilizaciones agrícolas, los excedentes de producción y las nuevas funciones sociales surgidas de la división del trabajo: el artesano productor, el comercio para los intercambios, la administración para la regulación, el ejército para el orden y la defensa del territorio y el hecho religioso para la trascendencia del espíritu.

A partir de la palabra latina *villa*, la etimología de *ville* [‘ciudad’ en francés] nos remite a la encarnación física de la «casa de campo, granja», que, en los siglos v y vi, constituía una agrupación de unos cincuenta edificios situados cerca unos de otros. Desde la «villa», desde el *village* [‘pueblo’ en francés] hasta la «ciudad» moderna, en este texto vamos a preguntarnos por la evolución de las motivaciones y de las formas adoptadas por la voluntad de compartir un territorio y sus recursos. En la antigua Grecia, compartir un territorio era, sobre todo, participar de un proyecto común, con unas reglas de vida comunes y un modo de vida colectivo definido. Esta

² Cabe citar entre los primeros agrupamientos: Uruk, Ur, Babilonia, Menfis, Escitópolis y la Decápolis, Benarés, Harappa, Balj, Shu, Teotihuacán y la Dodecápolis etrusca.

³ Charles Delfante, *Grande histoire mondiale de la ville, de la Mésopotamie aux États-Unis*, Armand Colin, 1997 [*Gran historia de la ciudad: de Mesopotamia a Estados Unidos*, Madrid, Abada, 2005].

participación estaba asociada a un lugar, a un proyecto humano concreto en una organización social precisa: se trata de la *pólis*, la «ciudad», *civitas* en su etimología latina, que supone no el lugar físico de agrupamiento, sino la comunidad de «animales políticos» —de acuerdo con la designación de Aristóteles en la *Política*— asociados libremente para «vivir bien» y de manera autónoma.

La *pólis* y sus animales políticos se reúnen en torno a unas reglas de vida comunes, fijadas por la búsqueda de la perfección y animadas por virtudes como, por ejemplo, la justicia. Los ciudadanos son partícipes de la consolidación política, el «vivir juntos», respetando los códigos y las leyes, materializando su pertenencia a la ciudad en cuanto ciudadanos: «Este fin de los seres es para ellos el primero de los bienes; y la autosuficiencia es a la vez un objetivo y una felicidad»⁴. La *pólis* se encarna en un lugar, pero la existencia de la ciudad no viene dada ni por su territorio ni por su geografía, por muy significativos que sean, como en Atenas o Esparta. La ciudad existe por la presencia de seres pensantes y dotados de palabra que han aceptado compartir libremente en un espacio común unas reglas de vida, y Aristóteles nos recuerda:

Es evidente que si el hombre es infinitamente más sociable que las abejas y los demás animales que viven en grupo es porque la naturaleza no hace nada en vano. Ahora bien, le ha concedido la palabra exclusivamente al hombre. La voz, en cambio, puede expresar tanto la alegría como el dolor; por eso no les falta a los otros animales, porque su organización llega hasta sentir esas dos emociones y comunicárselas entre sí. La palabra, sin embargo, está he-

⁴ Aristóteles, *Política*.

cha para expresar el bien y el mal y, en consecuencia, lo justo y lo injusto...

De este modo se habla de la «ciudad de los atenienses» o de la «ciudad de los lacedemonios» —para los habitantes de Esparta—, lo que supone un modo de vida que trasciende la «villa» y su etimología original, el espacio, las casas y la presencia física.

De la «villa» latina a la «ciudad», esta dialéctica está continuamente presente en nuestras vidas del siglo XXI, el siglo de las ciudades y de la hiperconectividad. Pequeñas, medianas, grandes, conurbaciones, metrópolis e hipermetrópolis nos hacen plantearnos continuamente la calidad de los vínculos entre el espacio urbano, el territorio, su ecosistema y la forma de la ciudad, sus reglas de vida, códigos y usos.

Hace poco más de quinientos años, Tomás Moro imaginó y describió⁵ un territorio, una ciudad con un modo de vida perfecto, cuyos componentes, reglas y costumbres definió minuciosamente. Tal perfección se situaba en una isla, que en realidad era un no-lugar, pues no existía en ninguna parte, y a partir de la negación del griego *tópos*⁶, de donde deriva el nombre Utopos del gobernante romano que desempeña un papel clave en la obra, la isla fue conocida universalmente como *Utopía*. La invención de esta palabra, asociada para siempre con el libro, generó la idea, que ha permeado la historia, de

⁵ Tomás Moro, *De optimo Reipublicae statu deque nova insula Utopia libellus vere aureus, nec minus salutaris quam festivus, Libro áureo no menos saludable que festivo sobre el mejor estado de la República y de su nueva isla de Utopía*, Lovaina, 1516.

⁶ «Lugar.»

una forma de vida apacible, donde lugar de residencia, trabajo, descanso y placeres se encuentran en equilibrio, donde reina la fraternidad, donde los hombres creen en los dioses que eligen y viven libres y en armonía con la naturaleza. Asimismo, describe los límites y las debilidades de la naturaleza humana, censura las guerras, preconiza la transparencia, así como el castigo para quienes cometan crímenes, y expresa el deseo de una sociedad ideal, construida por el hombre al servicio de los hombres. Desgraciadamente, sin embargo, las realizaciones humanas también han engendrado su contrario, la distopía, un lugar donde el sueño se convierte en pesadilla, un universo muy alejado, antinómico, de lo que el humanista Tomás Moro⁷ había podido imaginar para su isla.

La frontera de un mundo que bascula sin cesar entre utopía y distopía es muy fina debido a las múltiples contradicciones que el propio mundo contiene en sí mismo. Alentados por el «derecho a la ciudad» sobre el que teorizó Henri Lefebvre, se manifiestan numerosos conflictos fruto de la exigencia de un alojamiento digno en sociedades urbanas social y espacialmente segmentadas. La ciudad de la posguerra se desarrolló en un contexto de productivismo, con la consiguiente serie de avances tecnológicos que la despojaron de su identidad y generaron a una considerable parte de sus habitantes grandes dificultades para vivir dignamente. En la encrucijada de la COVID-19, cuando la pobreza afecta todavía más a los más débiles y la crisis económica agrava los fenómenos de ex-

⁷ Véase Carlos Moreno, «500 ans après la publication d'*Utopie*, hommage à Thomas More», *La Tribune*, 21 de diciembre de 2016; <https://www.latribune.fr/regions/smart-cities/la-tribune-de-carlos-moreno/500-ans-apres-la-publication-de-utopie-hommage-a-thomas-more-625743.html>.

clusión, nos preguntamos por nuestro futuro. En estos tiempos de hiperconectividad, ¿cómo evitar hundirse en una distopía dramática y cómo lograr retomar la senda de una vida urbana equilibrada desde el punto de vista ecológico, social y económico? ¿Cómo conseguir una ciudad para todos?

En la Roma antigua, el «derecho de ciudadanía», el *ius civitatis*, era, sobre todo, el reconocimiento de la ciudadanía, reservada en principio a los hombres libres. La extensión de la ciudadanía fue un vector poderoso de atracción. Suponía el disfrute de unos derechos que con el tiempo se convirtieron, en el derecho civil, en la esencia de los derechos cívicos atribuidos por, como ciudadano, pertenecer a un territorio y a una comunidad que le hubiera concedido su reconocimiento. «Tener el derecho de ciudadanía» se convirtió en francés en una expresión del lenguaje corriente, sinónimo de aceptación, de ser admitido en alguna parte. Ese es el núcleo de este libro. Entre el nacimiento de las ciudades y la explosión del fenómeno urbano, de las ciudades globales a las hiperregiones, ¿cómo reencontrar lo que nos es más querido, vivir nuestra humanidad y ser dignos de ella? ¿Qué hacer con la visión expuesta por algunos que, para el 2050, nos predicen un mundo compartido por humanos, robots e inteligencias artificiales, hasta llegar incluso a su hibridación?

De acuerdo con la imagen de *Metrópolis, 1984, Alphaville, Brazil* o *Blade Runner*, por citar solo algunas películas que han marcado la historia del cine, la distopía urbana resulta un tema particularmente rico que hoy en día se ve «aumentado» por el poder de la tecnología, la biogenética y la inteligencia artificial. La vida urbana se ha convertido en un desafío para los seis mil millones de habitantes urbanos que se prevén para 2050.

Pero ¿seremos capaces de construir una ciudad y una vida urbana humanas, sostenibles y socialmente inclusivas, que pongan la tecnología al servicio de la calidad de vida? ¿Estaremos en condiciones de ofrecer resistencia a las consecuencias del cambio climático, de asegurar la protección de la biodiversidad, que ahora mismo está amenazada con la extinción? ¿Cómo volver a los bienes comunes? ¿Cómo construir una ciudad en la que la ecología sea, ante todo, una forma de humanismo; la economía; una fuente de distribución equitativa, y la inclusión social, una realidad?

Todas estas son cuestiones que el presente libro intentará abordar sin rodeos. Estoy convencido de que la respuesta vendrá en gran medida de nuestra capacidad para educar, divulgar una cultura urbana basada en el altruismo, desarrollar y transformar nuestro modo de vida, de consumo y de producción y apostar por las neuronas de los seres humanos para dominar mejor las neuronas artificiales.

LA CIUDAD VIVA

La ciudad de ayer, de hoy y de mañana: un lugar para vivir

En un texto magnífico que data de 1972, Italo Calvino nos habla de las «ciudades invisibles» y de sus múltiples facetas¹. Plantea la cuestión de las ciudades que pasan desapercibidas, en alusión a las relaciones con la memoria, la mirada, el nombre, los signos, los intercambios, el cielo y los muertos. Nos habla de ciudades continuas, sutiles, misteriosas... La memoria de los lugares nos resulta familiar a todos y nos acompaña a lo largo de toda nuestra vida.

Soy hijo de un campesino de la cordillera de los Andes a quien, como a millones de otros campesinos, expropiaron sus tierras, por lo que todos ellos se volvieron urbanitas a su pesar. La creación de esos vastos *latifundios*², con los que se ava-

¹ Italo Calvino, *Les Villes invisibles* [1972], Seuil, 1974 [*Las ciudades invisibles*, Barcelona, EDHASA, 1984].

² [En español en el original.] Gran propiedad de varias centenas o decenas de miles de hectáreas, poco aprovechada, destinada con frecuencia a la ganadería.

salló a los antiguos pequeños propietarios, provocó el desplazamiento forzoso de los campesinos sin tierra, que tuvieron que irse a los incipientes centros urbanos en busca de un modo de vida mejor, o simplemente una posibilidad de supervivencia. Por ese motivo nací en la ciudad a finales de los años cincuenta, heredero del amor por el terruño, por la madre tierra nutricia, y del respeto a los ciclos naturales marcados por su propia cosmogonía. Esta dicotomía ha estado siempre presente en mi vida, como en la de otros cientos de millones de habitantes de las ciudades que vivieron esa perturbación.

Un país predominantemente rural, en un continente marcado por los movimientos de los campesinos sin tierra y los conflictos permanentes, sufrió una transformación radical en apenas dos generaciones. En aquella época, con un 70% de población rural, la guerrilla presente en las montañas y unos conflictos agrarios muy violentos, el continente latinoamericano se convirtió en el más urbanizado del mundo, hasta el punto de que en la actualidad cuenta con un 84% de población urbana. Si las guerrillas han quedado obsoletas en todas partes, ha sido, sobre todo, por la desaparición progresiva de un mundo, el de la economía dominada por lo rural, que ha cedido su puesto al mundo urbano, primero industrializado y luego financiero y dedicado a los servicios, transformando profundamente las relaciones socioeconómicas y los modos de vida. De este modo, mi pasión se centró en las ciudades que han modelado nuestra manera de vivir en el mundo entero. Al llegar a Francia con veinte años, desarraigado, exiliado³, únicamente con el recuerdo

³ La Office français de protection des réfugiés et apatrides (Oprfra) me concedió el estatus de refugiado en septiembre de 1979.

de mi terruño en la cabeza, empecé a explorar los diferentes continentes. «Al hombre que pasa mucho tiempo cabalgando por territorios salvajes le entran ganas de una ciudad», dice también Italo Calvino⁴. Esta frase me acompaña desde entonces en mis exploraciones urbanas y territoriales.

En Europa el hombre, constructor, que durante siglos y a lo largo de varias generaciones levantó catedrales, fue espoleado por la búsqueda de una comunión armoniosa entre el dominio del arte de la piedra, las matemáticas, la geometría y una cierta idea del espíritu religioso. Mi fascinación por las ciudades se ve arrastrada por ese genio humano que ha procurado levantar con sus edificaciones lugares para vivir, expresarse, crear códigos, reglas y modos de comportamiento. La reconstrucción de Europa tras la Segunda Guerra Mundial me ha impresionado siempre. Acababa de derrumbarse un mundo y de todas sus ruinas iba a surgir uno nuevo. Las ciudades habían sido devastadas, y sus centros, duramente golpeados.

Habitante de un París que no se había visto afectado, me sorprendió la amplitud de la devastación de tantas ciudades: Berlín, destruida en un 80%, Dresde, Varsovia, Gdansk, Londres... Entre ellas se encuentra El Havre, que simbolizó la irrupción del hormigón con Auguste Perret. Como arquitecto, lo empleó para reconstruir por completo esta ciudad-puerto. «La arquitectura se adueña del espacio, lo limita, lo recluye, lo encierra. Tiene el privilegio de crear lugares mágicos, obras todas ellas del espíritu»⁵, decía, al tiempo que hacía del hormi-

⁴ Italo Calvino, *Les Villes invisibles*, *op. cit.*

⁵ Auguste Perret, *Contribution à une théorie de l'architecture*, Cercle d'études architecturales/André Wahl, 1952.

gón el material que iba a utilizar con profusión para desarrollar su obra. Con esta nueva manera de construir la ciudad, Perret provocó una ruptura. Pero estas rupturas, reconstrucciones y creaciones tuvieron lugar en unas pocas decenas de años en comparación con un ciclo que se remonta a siglos o incluso milenios. La ciudad es, en realidad, el resultado de un proceso muy largo, y esa contradicción intrínseca, ese diálogo entre la memoria de los lugares y las nuevas maneras de modelarlos, supone para mí una fuente de curiosidad permanente. En el transcurso de mis experiencias de norte a sur y de este a oeste, y durante la exploración de un medio trepidante que alberga a los cuatro mil millones de habitantes urbanos que somos, me pareció que el reto de la ciudad era redescubrirla para apropiarse mejor de ella.

Al recorrerlas, encontraba aquello de lo que nos hablan las «ciudades invisibles» de Italo Calvino: cada una de ellas posee un alma que, como un hilo conductor, ha atravesado los siglos. La vida sensorial, afectiva, interactiva, la vida en movimiento, ofrece a los habitantes otra mirada, otra experiencia. Ya no es solo la ciudad en la que se trabaja, la ciudad en la que se duerme... Reencontrar la ciudad en la que se vive es, en definitiva, uno de los aspectos clave cuando se aspira a abordar la problemática de la comprensión urbana. Es el núcleo de la cuestión: ¿cómo construir una ciudad para todos con el amor por los lugares como divisa?

Siempre he rechazado la idea de hablar de «la ciudad», con sus consiguientes corolarios desencarnados y tecnocéntricos, aún más incluso después de la revolución digital. La vida inteligente, digital, conectada, que existe por sí misma, sin depender de nada ni de nadie, elude lo que es esencial

para comprenderla. Reducir la existencia de la ciudad a un solo punto de vista, a una sola consideración, por clarividente que sea, ha conducido a experiencias desastrosas. Presentada en 2010 como el santo grial de la ciudad por el impacto de la revolución digital, la *smart city* trajo la manía de «copiar y pegar» las soluciones tecnológicas, como el famoso centro de operaciones de Río de Janeiro⁶. En aquel momento se convirtió en el lugar de peregrinación de toda la *techno smart city* mundial. Hoy, diez años más tarde, es el símbolo de un bochornoso fracaso. En efecto, «la ciudad» no puede existir si soslayamos las particularidades del «lugar», en y con el que evolucionan los hombres, si no comprendemos las complejas interdependencias (según la expresión de Rimbaud⁷) entre sus flujos, sus objetos y sus sistemas, ya sean administrativos, tecnológicos o de cualquier otra naturaleza. En realidad, el hombre siempre se ha apropiado del espacio de manera creativa por medio de la técnica, y luego de la tecnología. Desde la primera ciudad de la que se tienen noticias en la historia de la humanidad, Ur, en Mesopotamia, 4.400 a. C., pasando por las grandes civilizaciones egipcia, griega, romana, amerindia o mongola, hasta la historia moderna, la relación entre el dominio de

⁶ Clara Schreiner, «International Case Studies of Smart Cities. Rio de Janeiro, Brazil», Inter-American Development Bank, junio de 2016; <https://publications.iadb.org/publications/english/document/International-Case-Studies-of-Smart-Cities-Rio-de-Janeiro-Brazil.pdf>.

⁷ «[...] y vagábamos, alimentados con el vino de las cavernas y el bizcocho del camino, yo apremiado por encontrar el lugar y la fórmula» (Arthur Rimbaud, *Les Illuminations*, tomado del poema «Vagabonds») [*Una temporada en el infierno. Iluminaciones*, Madrid, Alianza Editorial, 2011].

las técnicas y el lugar de la tecnología ha sido una cuestión fundamental.

Detengámonos un instante en el origen de lo que el arqueólogo australiano Gordon Childe llamó en 1950 la «revolución urbana»⁸, hablando acerca de la ciudad de Ur. Al hacerse sedentario, el hombre generó en el sur del actual Irak un nuevo modo de vida y, sobre todo, una mirada diferente respecto al mundo. A pesar de que la expresión «revolución urbana» haya sido cuestionada después, más allá de la práctica de la agricultura, que cambió las relaciones con la tierra y la naturaleza, los humanos, en otro tiempo cazadores, desarrollaron una nueva cultura, la del intercambio, que supuso una nueva etapa que conduciría a esta primera mutación: el nacimiento de las ciudades.

A su vez, tal como anticipó la socióloga Saskia Sassen en 1991⁹, la clave, el motor del cambio de era en nuestra modernidad de posguerra, fue la aparición de las ciudades globales, con la consiguiente sacudida en los grandes centros de decisión. Así pues, se desdibujan las antiguas referencias de los poderes estatales, que pierden su hegemonía en provecho de un poder diluido e inaprensible. Basta con mirar la evolución de los mapas europeos siglo tras siglo. A principios del xx, los configuran los imperios: el imperio alemán y el imperio austrohúngaro, y, a sus puertas, el imperio otomano y el imperio ruso, así como monarquías y algunas repúblicas, entre ellas, la francesa. Al acabar la Segunda Guerra Mundial, los imperios

⁸ Gordon Childe, «The Urban Revolution», *The Town Planning Review*, n.º 21, pp. 3-17.

⁹ Saskia Sassen, *The Global City. New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, 1991 [*La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio*, Buenos Aires, Eudeba, 1999].

han desaparecido y han surgido repúblicas con una escisión ideológica y militar en dos bloques: este y oeste. A finales del siglo xx, Alemania se ha reunificado y han aparecido nuevos Estados en los Balcanes. A lo largo de todo este período, los imperios y los Estados han cambiado, pero las ciudades no han dejado de crecer, desarrollarse y convertirse en lugares de atracción, de creación de valor económico y de poder.

En definitiva, el lugar urbano, la «ciudad» y la fórmula «su territorio y su ecosistema», por retomar la expresión literaria de Rimbaud, suponen un cambio de mundo que plantea problemas cruciales de recursos y de calidad de vida en este siglo xxi en peligro. La tecnología, destinada a aportar una contribución a esta ruptura e hibridación, es ahora el núcleo de las transformaciones de nuestros modos de vida. La presencia, también política, de la ciudad global a la manera de Saskia Sassen crea nuevas condiciones de sensibilidad, de identidad, de pertenencia, así como trabas socioeconómicas, culturales y ecológicas, con unos ciudadanos cada vez más exigentes frente a sus gobiernos locales.

Pongamos como ejemplo las cinco grandes zonas urbanas del mundo¹⁰:

- Tokio, con sus 37 millones de habitantes, es la prefectura más densa de Japón, y al mismo tiempo el conjunto de su área metropolitana representa el 11% de la población.
- Delhi duplicó su tamaño en solo veinte años, entre 1991 y 2011. Con una población metropolitana de 27 mi-

¹⁰ World Economic Forum (WEF): <https://www.weforum.org/>.